

*Las instituciones militares como
herramienta soberanista en el
sionismo de Hannah Arendt*

*Military institutions as a sovereignist
tool in Hannah Arendt's Zionism.*

ALEJANDRO GAGO MARTÍN

Universidad de Salamanca
alejogago@gmail.com

DOI: <http://doi.org/10.15366/bp2019.20.008>
Bajo Palabra. II Época. N°20. Pgs: 143-160



El autor del artículo, actualmente profesor de Filosofía en el I.E.S. Vela Zanetti de Aranda de Duero, está realizando una tesis doctoral sobre la visión arendtiana del sionismo («Más Allá del Muro de Bayonetas: Hannah Arendt y su Visión del Sionismo»), dentro del Departamento de Historia del Derecho y F.ª Jurídica, Moral y Política de la Universidad de Salamanca.



Resumen

Hannah Arendt inició sus actividades políticas en el sionismo como reivindicación de la lucha del pueblo judío, como pueblo, por la obtención de un espacio político propio y contra el totalitarismo nazi. Su defensa de la creación de un ejército judío durante la Segunda Guerra Mundial obedece a estos intereses soberanistas.

Palabras Clave: Clave: Sionismo, instituciones militares, totalitarismo, nacionalismo, Estado.

Abstract

Hannah Arendt began her political activities in Zionism as a vindication of a political space for the Jewish people, recognized as a people, and also as a fight against Nazi totalitarianism. Her request of a Jewish army during the Second World War is related to these sovereignist interests.

Keywords: Zionism, military institutions, totalitarianism, nationalism, State.

La judeidad de Arendt como condición de su despertar político

HANNAH ARENDT SIEMPRE CONFESABA no haberse tomado la política en serio, en el sentido de no haber tomado una consciencia muy clara de toda la densidad, significado e interés de lo político en el ámbito de la vida humana -vida siempre en común y, por tanto, siempre política-, hasta que fue demasiado tarde, hasta que las circunstancias del país donde vivía le hicieron despertar de lo que acaso podría llamarse su largo sueño apolítico. Al igual que muchos otros alemanes, tal y como reconocía en la entrevista de Gaus, solía referirse al incendio del Reichstag alemán, apenas cuatro semanas después de que Hitler tomara el cargo de canciller, como la fecha icónica en la que muchos ciudadanos se percataron del nuevo y peligroso rumbo que definitivamente tomaban los acontecimientos¹. El espectacular ascenso del nacionalsocialismo en Alemania, con su ideología enraizada en el antisemitismo, con su virulento odio criminal hacia cualquier forma de diversidad ajena a su fanatismo miope, hizo que, finalmente, le fuera imposible mostrarse ajena a la nueva situación política que se avecinaba. Arendt pronto constataría que, en el gran teatro del mundo, los hombres no podemos escapar a lo que somos, que los juicios y, sobre todo, los prejuicios de nuestros semejantes son a veces de una crueldad insólitamente absurda e inexorable, y que su judeidad latente, hasta entonces prácticamente ignorada, hasta entonces un hecho perfectamente natural, común y silenciosamente aceptado, se había de transformar en un hecho de relevancia vital. Había llegado la hora de constatar que uno siempre, lo quiera o no, se halla políticamente inmerso en el mundo.

Aunque es cierto que Hannah Arendt comenzó a interesarse por cuestiones políticas algunos años antes de estos incidentes, cuando se veía claramente que el nazismo era una fuerza en auge y una amenaza real para la República de Weimar, estos hechos precipitarían sus deseos y ansiedad por actuar, cosa que no había sucedido hasta entonces². Repentinamente se veía sola en un país al que ya no reconocía. El odio, el miedo, la confusión y el fanatismo se habían adueñado de las masas.

Entre las distintas alternativas que se le ofrecían, Arendt sintió que la más adecuada era la lucha sionista. Viéndose atacada en tanto que ciudadana de origen judío, la respuesta a la sistemática agresión nazi contra la dignidad de su pueblo habría de

¹ VENMANS, PETER, *El Mundo según Hannah Arendt*, Madrid, Punto de Vista Editores, 2017, p. 25; YOUNG-BRUEHL, ELISABETH, *Hannah Arendt, una Biografía*, Barcelona, Paidós, 2006, p. 175.

² YOUNG-BRUEHL, ELISABETH, *Hannah Arendt...*, p. 169.

hacerla asumiendo enteramente su judeidad. El sionismo se le apareció entonces como el único movimiento político realmente judío y mínimamente organizado, en el que ella podría realizar sus aportes a una causa específicamente judía.

Como vemos, su despertar político está íntimamente ligado a su toma de conciencia como judía, colectivo el de este pueblo que puede considerarse (y así ha quedado también en la memoria colectiva) como la víctima por antonomasia de la brutalidad, la violencia, la ira y el fanatismo nazis³. Hasta la irrupción del nazismo, Arendt nunca había mostrado especial inquietud por su identidad judía. Ser una mujer judía no significaba gran cosa para ella. Su familia era judía por parte de madre y padre, pero con una larga trayectoria “asimilacionista”⁴. Aunque se reconocían como judíos, y aunque nunca se habían planteado el bautismo (como hicieron muchos para ser “más alemanes”), realmente se sentían perfecta y orgullosamente integrados en la cultura alemana. No eran personas religiosas, y si bien Arendt recibió algunas lecciones de religión judía en su infancia, impartidas, por cierto, por un rabino reformista⁵ (Hermann Vögelstein), éstas no le causarían una honda impresión. Además, este líder religioso defendía ideas alejadas del talmudismo estricto y tendentes a acercar la religión judía al entorno cultural alemán. Es significativa la importancia de este hombre entre los judíos de Königsberg, ciudad donde la apertura y prosperidad de su judería contrastaba vivamente con las actitudes que todavía podían observarse en lugares relativamente cercanos, como el Posen polaco o la *zona de asentamiento* de Rusia, donde todavía existían asentamientos ancestrales de judíos que, virtualmente, desarrollaban una vida de gueto alejada de influencias externas y en un entorno de graves carencias de toda clase (Lazare, 1986). Es probable que esta clase de judíos a la que pertenecía la familia Arendt, que se sentía genuinamente alemana, mirase con un punto de desdén a las comunidades de *Ostjuden*, o judíos del este, en los que la marginación y el confinamiento en las tradiciones era mucho más visible, por no mencionar la miseria de las condiciones en que vivían. Arendt nunca dominó el yiddish ni el hebreo, y en su ancianidad reconocía que su verdadera patria era la lengua materna, es decir, la lengua alemana, en la que nunca dejó de articular sus pensamientos⁶. El alemán siempre fue el vehículo de sus reflexiones. Durante muchos años, es seguro que se sintió como una alemana más.

³ *Ibid.*, p. 172

⁴ VENMANS, PETER, *El Mundo según...*, p. 22

⁵ En el sentido de adscrito al judaísmo reformista, como opuesto al judaísmo ortodoxo. Los reformistas tenían bastante preeminencia en la judería de Königsberg, ciudad donde se crió Hannah Arendt.

⁶ Así lo afirmaba en la entrevista que le hizo, para el programa *Zur Person*, Günter Gaus en 1964. Dicha entrevista, emitida originalmente en la cadena alemana ZDF, puede verse fácilmente en youtube.com y otros canales. Más información en las referencias citadas al final del artículo.

Todos estos hechos pueden resultar chocantes si los comparamos con las tenaces afirmaciones de Arendt, especialmente desde los años treinta, en las que insistía en que no era una mujer alemana, *sino una mujer judía*. Esto puede resumirse en la conocida cita arendtiana sobre la necesidad de asumir reivindicativamente la identidad judía:

Si te atacan como judío, tienes que defenderte como judío, no como alemán, no como ciudadano del mundo, no como defensor de derechos humanos, o como lo que fuera, pero ¿Qué puedo hacer yo concretamente en tanto que judía?⁷

Arendt se aproximó al sionismo, más que por una afinidad profunda con sus ideas, por ver en este movimiento a la única fuerza política que se reconocía abiertamente como judía, que estaba bien organizada, que ofrecía un proyecto alternativo y esperanzador y, lo que es relevante, que se oponía a los intereses tradicionales del asimilacionismo por considerarlos poco realistas y condenados al fracaso. En un año como 1933, y en un lugar como era Alemania, en el que hacía no tanto tiempo los judíos presumían de haber logrado una de las más fructíferas integraciones de Europa, y en el que todo estaba ahora mismo perdido, nada parecía más cierto que la ilusión de la asimilación de los judíos. Todo tenía el aspecto de haber sido una farsa, una broma cruel, una suerte de engaño que muchos creyeron durante algunas décadas. La asimilación había fracasado. ¿La asimilación había fracasado? Más bien podemos decir que el nazismo llevó al garete décadas de esfuerzos, pero que también hizo que se manifestaran algunas de las aporías del asimilacionismo. Muchos judíos todavía sostuvieron ingenuamente, sin embargo, las mismas estrategias de siempre. Antes o después las cosas volverían a su cauce normal. De un modo u otro, el Estado les protegería como había hecho siempre, desde tiempos ancestrales. Toda persecución periódica llegaba a su fin. Incluso en el peor de los casos, en el caso en que fueran reconocidos como ciudadanos de segunda, tal vez podrían resignarse a su nueva suerte, como siempre habían hecho, y seguir adelante con sus vidas. Siempre podían “retornar al judaísmo, arrepentirse” (*teshuvá*, en hebreo). En realidad, nadie podía saber, seguramente ni los mismos nazis, qué les depararía a unos y otros el futuro.

En buena medida, su acercamiento al sionismo dependió de Kurt Blumenfeld⁸, un veterano sionista, viejo amigo de la familia Arendt, con quien ella había retomado el contacto a partir de 1926. Es conocido que Blumenfeld frecuentaba la

⁷ VENMANS, PETER, *El Mundo según...*, p. 26.

⁸ *Ibid.* p. 27

casa de Hannah Arendt en Königsberg, cuando ésta era apenas una niña pequeña, y discutía amistosamente con algunos de los hombres de la casa sobre política, en particular con el abuelo paterno de Arendt, Max, un antisionista convencido.

A pesar de su prominente presencia en el ámbito del sionismo, Blumenfeld muestra un perfil curiosamente próximo al de Hannah Arendt. Posiblemente eso fue lo que les convirtió, durante años, en colaboradores con una complicidad tan alta. Blumenfeld, seguramente, era mejor conocedor de la cultura alemana que de la judía, se expresaba en alemán y fue muy reticente a abandonar el país, cuando muchos sionistas ya se habían comprometido a emprender la aliyá o “retorno” (incluido él mismo, aunque los postergara indefinidamente). En cualquier caso, Blumenfeld fue constantemente el enlace más claro entre Arendt y el sionismo, su mentor político durante muchos años y un amigo leal, aunque sus relaciones se enfriarían durante el escándalo que desató la publicación de *Eichmann en Jerusalén*.

Tras unas primeras colaboraciones con los sionistas, en 1933, Arendt fue arrestada por la Gestapo⁹. Después de pasar una semana encarcelada, durante la cual al parecer no recibió malos tratos, los agentes quedaron conformes con lo que les había relatado para salir del lance, seguramente una enmarañada red de patrañas. Arendt supo perfectamente que había tenido mucha suerte y que ésta no volvería a repetirse, y fue lo bastante inteligente como para abandonar Alemania inmediatamente, junto a su madre, a través de los bosques de la frontera con Checoslovaquia. Su destino de exilio sería París, mientras que en 1937 los nazis le retiraban la ciudadanía. Sería entonces una apátrida, una persona sin lugar ni derechos, incluso sin identidad, una otredad perpetua, como otros cientos de miles de refugiados. Ella seguiría colaborando con los sionistas, sin integrarse nunca como miembro oficial en algunas de sus formaciones políticas. En 1935 acompañó a un grupo de jóvenes a Palestina, y cabe destacar que sus intereses fueron más allá respecto a los lugares donde surgió la cultura judía (lo que más le impresionó, afirmaba, fueron el primer templo griego que vio en su vida, en Sicilia, y las ruinas de la antigua ciudad de Petra en Transjordania). En el año 1941, cuando la larga noche de la invasión nazi se cernía sobre Francia, logró escapar- cruzando España y Portugal, tras un breve cautiverio en un campo de internamiento- hacia los Estados Unidos. Algunos de sus compañeros de Francia, exiliados muy conocidos y queridos por Arendt, como Walter Benjamin, se quedarían en el camino. En cualquier caso, su trabajo de colaboración con los sionistas sería proseguido en América. Así pues, cuando Kurt Blumenfeld se sumó a las iniciativas que abogaban por la formación de un ejército judío que combatiese contra los nazis en Europa, petición formulada y reivindicada

⁹ YOUNG-BRUEHL, ELISABETH, *Hannah Arendt...*, p. 173.

desde varios sectores del sionismo (destacando la labor del sionismo revisionista), Arendt no dudó en secundarle. Detrás de esta estrategia había, por supuesto, un interés político que todos asumían desde distintas perspectivas¹⁰.

Tiempos de guerra: La revista *Aufbau* y la petición de un ejército judío

ARENDT HABÍA LEÍDO A KARL VON CLAUSEWITZ (*De la Guerra*, 1832) durante su exilio en Francia, antes de verse obligada a escapar hacia los Estados Unidos. Clausewitz, autor clásico en estrategia militar, definió la guerra como “continuación de la política por otros medios”, y en cualquier caso la consideró siempre como un medio cuyo objetivo, cuyo fin último, es político, o en menor medida económico. Si bien es cuestionable la teoría de Clausewitz (aunque, en general, razonablemente certera), no menos verdadero es que su obra interesó a Arendt en aquellos tiempos tan dificultosos¹¹. Posiblemente, este interés suscitado por una obra de teoría bélica fuera una reacción natural ante la sensación de estar “metida en una guerra” contra los nazis (desde su exilio en 1933). Uno de los fines posibles de la guerra, según los principios del férreo militar prusiano, era el de desarmar y dejar indefenso a un enemigo, a fin de someterlo y anular su capacidad de actuar. Arendt podía identificarse fácilmente con este punto de vista en relación con los nazis y a su versión personal del sionismo: Siempre rechazó el vansittartismo¹², reconociendo que la primera víctima de los nazis habían sido los propios alemanes. Arendt amaba la cultura alemana. En consecuencia, el objetivo de una guerra contra los nazis no sería la destrucción, desarme o control de Alemania, de suyo, sino la destrucción del totalitarismo nazi precisamente para redimir a Alemania del mismo. La guerra era un medio político para restablecer la vida política en Alemania y el mundo. El totalitarismo, como movimiento, termina siendo un enemigo de la política, un impulso destructivo hacia fuera que finalmente se consume a sí mismo, y que no existe como mal radical, pues carece de sólidas raíces.

¹⁰ *Ibid.* p. 245.

¹¹ *Ibid.* p. 228.

¹² Por Lord Vansittart. Teoría esencialista según la cual el nazismo, o en general el expansionismo agresivo y supremacista de Alemania, forma parte estructural de la cultura y civilización alemanas. Visto así, el nazismo sería la consumación del verdadero espíritu alemán. Vansittartistas célebres fueron Emil Ludwig, Leopold Schwarzschild o Förster, quienes creían que el nazismo era fruto de la “maldad” inherente a su propio país. Esta teoría, desacreditada por Arendt, tiene algunos paralelismos con la teoría de la España Negra, o la Leyenda Negra Española, según la cual España es un país atrasado y brutal en sí mismo, abocado a la miseria y perennemente autodestructivo, teoría que muchos intelectuales españoles han sostenido explícita o implícitamente, y que creo está llena de prejuicios e inexactitudes, además de ser contraproducente a la hora de buscar algún modelo positivo y funcional para la política española (lejos de las tan trilladas y tópicas “apelaciones a Francia”, o similares).

Como un hongo que se extiende por la superficie, Hitler destruyó la vida política de la República de Weimar, y tras dominar Alemania, se propuso dominar el resto del mundo, en un insensato acto de *hybris* que entrañaba en su seno las semillas de su propia muerte. Su percepción de la guerra debe encuadrarse en este contexto teórico, esto es, es una herramienta cuyo fin es rehabilitar la esfera política en un mundo sometido al caos.

Arendt trató el tema del ejército judío, principalmente, en sus artículos de la revista norteamericana *Aufbau*, publicados a lo largo de toda la Segunda Guerra Mundial. No se trata, por tanto, de un texto especializado o de un tratado de filosofía política, sino de una labor práctica, más o menos inmediata, impulsada por las circunstancias. Es fundamental considerar su condición de textos breves escritos para la prensa, con limitación de espacio y con limitaciones de control editorial. Todo ello en la tensa realidad de las exigencias de una guerra. La inmediatez, en este caso, también es un problema, al exigir una rápida publicación que no siempre está del todo documentada o contrastada, ni resulta a veces lo bastante coherente o profunda. Arendt publicó sus primeros artículos sobre el ejército judío en octubre de 1941 (una carta al director, aunque, propiamente hablando, el primer artículo en sí, ya como colaboradora, es del 14 de noviembre de 1941). Durante buena parte de la Segunda Guerra Mundial, Arendt colaboró con los que se conocen como *Die Jungjüdische Gruppe*, o grupo de jóvenes judíos, a veces visto como *Jungzionismus*, o “joven sionismo”, “sionistas jóvenes”, reunidos por vez primera el 11 de marzo de 1942¹³. Este fue el colectivo con el que finalmente se movió Arendt, desde una perspectiva muy independiente, y en claro desafío a otros grupos que luchaban por lo mismo (el ejército judío) desde otros presupuestos ideológicos, en particular los revisionistas (el *Committee for a Jewish Army*).

La idea del ejército judío no era totalmente nueva, y de hecho tenía un importante precedente en la *Legión Judía*, cuerpo que combatió a partir de 1917 en la Primera Guerra Mundial, en el frente otomano. Se trataba en realidad de cinco batallones de Fusileros Reales, que servían bajo bandera del imperio británico, pero que pasaron a la posteridad por ese apodo, “la legión judía”, pues todos sus integrantes (salvo algunos mandos) eran de origen hebreo. El plan había sido concebido por Vladimir Ze’ev Jabotinsky y Joseph Trumpeldor, militantes sionistas, con el objetivo de obtener alguna clase de reconocimiento tras el fin de la guerra. Como se ve, la estrategia sionista era servirse de la colaboración con las instituciones militares con el fin lograr objetivos políticos. Anteriormente, en los inicios de la conflagración, Trumpeldor había comandado, junto al teniente Patterson, el *Cuerpo de Mulas de*

¹³ YOUNG-BRUEHL, ELISABETH, *Hannah Arendt...*, p. 249

Sión, embrión de la futura legión que tuvo una destacada labor en la durísima batalla de Gallípoli. Los sionistas tratarían de repetir esta táctica de formar ejércitos propios a partir de 1939.

Jabotinsky, en un primer momento, al acabar la Primera Guerra Mundial, optó por una colaboración estrecha con los británicos, confiando en que éstos dieran paso a sus aspiraciones políticas, hasta que al cabo de los años constató su indecisión “estratégica” y su instrumentalización del sionismo. Probablemente, la decepción que les supuso a muchos sionistas la posterior política británica en el Mandato Palestino, con sus vaivenes constantes, empujó a ciertos sectores a seguir el camino cada vez más radical que planteaba Jabotinsky, y que culminaría con la creación del grupo paramilitar revisionista Irgún, también llamado *Haganá* beth (defensa B) en 1931. Su organización imitaba la del IRA irlandés, e incrementarían su violencia a partir de 1937, sembrando el terror en el Mandato con asesinatos selectivos y atentados con explosivos.

El Libro Blanco de 1939 desató nuevamente la ira de los sionistas, aunque al desencadenarse casi inmediatamente la Segunda Guerra Mundial, el Irgún aceptó una tregua con los británicos, mientras que una minoría escindida, todavía más extremista, liderada por Avraham Stern, fundaba el *Lehi*, grupo armado que siguió la lucha contra los ingleses. En cualquier caso, tras el Comité y el Grupo Bergson, los colectivos más importantes en la búsqueda del ejército judío en tiempos de Arendt, siempre estuvieron militantes del Irgún, interesados en conseguir, nuevamente y como lo había hecho su fundador Jabotinsky, la creación de un ejército que posteriormente habrían de aprovechar con fines soberanistas. Paralelamente, por otro lado, siempre existió en Palestina la *Haganá* (defensa), o “ejército secreto”, bien conocido por los líderes sionistas, ideológicamente más neutral y disperso, y que operaba como fuerza de autodefensa en todo el territorio, por lo menos desde los años veinte.

El “descubrimiento” de que el más exitoso grupo que defendía la creación de un ejército judío estuviera en manos del grupo terrorista Irgún fue un tanto escandaloso (recordemos que el Irgún era revisionista, ultraderechista y había cometido lamentables actos violentos en el pasado). Arendt mostró un sionismo desafiante casi desde el primer momento y, aunque parece mostrarse indecisa en sus primeras críticas del *Comité* (que, por otro lado, hizo una gran labor, a su manera), fue siempre consciente de los peligros que entrañaba el revisionismo parafascista¹⁴.

Un momento muy relevante, a la hora de comprender hasta qué punto la opinión de Arendt fluctuó antes de concretarse, tuvo lugar durante la Biltmore Confe-

¹⁴ ARENDT, HANNAH, *Escritos Judíos*, Madrid, Paidós, 2009, p. 223.

rence¹⁵. Arendt, desde su posibilidad de expresarse privilegiadamente en la prensa, se opuso a Weizmann y Ben Gurión (sionismo oficial, aunque con sendas interpretaciones de la política), a los rabinos, y por aquel entonces al *Ihud*, grupo sionista minoritario a los que consideró inicialmente “unos suicidas”, debido a su pacifismo casi extremo respecto a los árabes¹⁶. Cabe aclarar que, si bien no en aquel momento, Judah Magnes, el líder del *Ihud*, despertaría sus simpatías posteriormente, dado que era representante de un sector menor del sionismo, muy crítico y relativamente utópico, con el que confraternizaría irresistiblemente Arendt (adaptando finalmente su postura, un tanto amorfa, a muchos de los presupuestos del *Ihud*, su pacifismo, su posición del Estado en un segundo plano, la apología del diálogo y la colaboración con los árabes...). Los sionistas revisionistas, la “manada del lobo” (Jabotinsky se autonombró *Ze’ev*, “lobo”) eran rivales del sionismo oficial y estaban en buena medida “fuera del sistema” también, en un camino paralelo. De hecho, ellos pretendían fundar otro sionismo que suplantara a lo conocido hasta entonces. Sus ideas y, sobretudo, sus tácticas¹⁷, habían generado un importante rechazo entre el resto de sionistas (si bien a veces, al compartir objetivos afines, podían mostrarse “tolerantes” unos con otros). Arendt se mostró muy crítica con los revisionistas, a quienes consideraba hombres violentos y afines al fascismo. Esto último (las simpatías hacia los modelos fascistas) fue abiertamente declarado por grupos como el *Lehi* (la escisión del *Irgún*), cuyos miembros intentaron negociar en vano con Hitler la evacuación judía del Reich a cambio de su apoyo contra los británicos en el establecimiento de un Estado judío independiente en Palestina.

En términos generales, como presupuesto sionista básico, Arendt rechaza el asimilacionismo como tendencia política y como solución a la cuestión judía, pues ve toda una serie de inconsistencias y contradicciones internas en el mismo, que ella considera irresolubles y que han abocado a los judíos a la impotencia política y a la incapacidad para reaccionar frente a una hecatombe como fue el advenimiento del régimen nazi. La asimilación, tal y como se concebía tradicionalmente (“un ciudadano igual, de otra confesión”) es la negación esencial e implícita del pueblo judío en tanto que pueblo diferenciado, que históricamente se ha visto a sí mismo, y ha sido reconocido por terceros, como tal y que si quiere seguir existiendo no puede evitar caer en esa contradicción (al pretender la asimilación). Los judíos no

¹⁵ La conferencia fue celebrada en el Hotel Biltmore de Nueva York, entre los días 6 y 11 de mayo de 1942. En ella se reunieron unos seiscientos líderes y representantes sionistas de todo el mundo, y se impusieron las líneas de actuación más duras, exigiendo una Palestina judía y arribando posiciones más moderadas como la de Magnes.

¹⁶ ARENDT, HANNAH, *Escritos...*, p. 315.

¹⁷ El *Irgún* y la escisión de éste, el *Lehi*, usaron tácticas terroristas, mediante el empleo de explosivos, emboscadas y asesinatos selectivos.

han dejado de ser tácitamente un pueblo o nación disgregada por el mundo. El concepto de Estado-nación parecía excluir tal posibilidad, esto es, parecía decirnos que debían existir alemanes judíos o franceses judíos, y no podía verse al pueblo judío como lo que es realmente, según Arendt, como un pueblo diferenciado¹⁸. Esto no implica, claro está, caracteres de tipo racial muy específicos, pero sí una identidad colectiva que, en el fondo, nunca desapareció del todo ni aun en los judíos más integrados en la sociedad (ni la misma dejó de considerarlos como judíos, generalmente hablando, incluso tras aceptar ser bautizados y apostatar oficialmente de la religión y cultura judías). Por eso mismo, de no querer seguir existiendo (los judíos), posiblemente no pudieran evitar seguir siendo considerados judíos por la sociedad en general (véanse todos los millares de judíos convertidos al protestantismo en Alemania, que seguían siendo “judíos”). Esta contradicción ha sido a veces especialmente dolorosa. Uno de los hijos de T. Herzl, tras convertirse sucesivamente a varias ramas del cristianismo, se quitó la vida, aduciendo que “nunca dejaría de ser un judío”.

Arendt se hace sionista, esencialmente, como forma de combatir ese falso asimilacionismo que había fracasado en Alemania de forma tan miserable (III Reich) y como necesidad de actuar coherentemente frente a este mismo fracaso (colapso de la judería alemana tras la ofensiva antisemita de los nazis). Arendt redescubre y reafirma, pues, su condición de judía frente a su condición de alemana, como dijimos, aunque siempre reconoció, insistimos, que la lengua y cultura alemanas eran su “verdadera patria”. Cuando su amigo K. Jaspers le exhortaba, en aquellos tiempos oscuros, a defender su germanidad, recalando que los judíos eran plenamente alemanes, ella insistió en que era una judía y no una alemana. Ve en esta reafirmación la única posibilidad de lucha frente al antisemitismo. En una carta de 1950 a M. Heidegger, Arendt le confiesa, en cambio, que *tampoco se siente ya judía* (Venmans, 2009, 19). Estas ambigüedades en el discurso arendtiano son constantes, y se relacionan con su negativa a asumir una visión omniabarcante, o un sistema cerrado, sobre la realidad y sobre sí misma. En última instancia, Arendt nos obliga a interrogarnos acerca de las etiquetas que aplicamos sobre los individuos, al abordar la esfera política, empleando conceptos que a menudo resultan mucho más vacíos de lo que pudiera parecer (como nación, pueblo o raza), y que terminan distorsionando la realidad y deshumanizando a los sujetos.

¿Tiene contradicciones, a su vez, este posicionamiento? Muchas. Para empezar, muchos judíos, incluida Arendt, eran más genuinamente alemanes, en el sentido de conocer y amar la cultura alemana, identificándose con ella, que muchos na-

¹⁸ ARENDT, HANNAH, *Escritos...*, p. 348.

cionalistas del movimiento pangermanista, völkisch o similares (ultranacionalistas racistas y antisemitas). Arendt empezó a leer a un autor tan complejo como Kant en su adolescencia, y era una buena conocedora de la tradición literaria y cultural alemana. Si comparamos su caso, en alguna medida paradigmático (en relación con la judería culta de Alemania), con algunos de los máximos exponentes del antisemitismo germánico y el nazismo, las diferencias son flagrantes. Baste considerar a alguien como Hitler, con su nula formación escolar o académica, un hombre que alardeaba de proceder “del pueblo”, de haber sido “un soldado alemán anónimo”, que explícitamente renegaba de los “pomposos intelectuales” (en parte por su temprana y reiterada frustración académica), y cuyo conocimiento de la cultura alemana era a todas luces superficial y vaga, con su juventud seducida por el diletantismo fácil. Este hombre se transformó en el líder incuestionable de un movimiento que abogaba por la pretendida restauración del pueblo alemán y de sus derechos. ¿No eran, según se interprete, “más alemanes” muchos judíos que el mismo Hitler, que ni siquiera había nacido en Alemania? ¿No han contribuido, incluso proporcionalmente más que los gentiles, los judíos decididamente al germanismo como cultura? ¿No es la misma Hannah Arendt una gran filósofa alemana antes que judía?

Sinceramente, creemos que Arendt nunca resolvió estas contradicciones. Se hizo ciudadana norteamericana, en lugar de israelí (algo en lo que perdió el interés, así como respecto al sionismo en general). Su identificación como judía cobró fuerza únicamente cuando fue expulsada del espacio político y social de Alemania, pero este mismo hecho no deja de resultar contingente, temporal y localizado en el tiempo. Hasta cierto punto tiene un aire de provisionalidad y reacción. Es comprensible que se sintiera impotente frente al régimen nazi, y es seguro que entendió mejor que nadie el origen de la indefensión aprendida de los judíos, pero no por ello su crítica al asimilacionismo deja de tener estas lagunas. De todas formas, está claro que las circunstancias impulsaron a muchos judíos alemanes como Arendt a seguir la hoja de ruta sionista.

Arendt rechaza en sus análisis cualquier interpretación naturalista del antisemitismo, tratándolo como fenómeno de características reducibles, sea como fuere y en toda su diversidad, a lo político y, por tanto, posibles de resolver desde un cauce meramente político. La diferencia es natural, la reacción antisemita artificial, libre, contingente y política. La respuesta a la así llamada “cuestión judía”, aunque a Arendt no le gustaba plantear estos asuntos en términos de problemas y soluciones, es política y debe pasar por el reconocimiento del pueblo judío en tanto pueblo diferenciado, lo cual es un hecho, como dijimos, natural. Según Arendt, la interpretación de Herzl, como fundador del sionismo político, era diferente,

de tipo substancialista. Herzl acabó identificándose, desde la filosofía política alemana (nacionalismo fundamentado sobre bases étnicas sin base territorial bien definida), con los argumentos de tipo naturalista de los antisemitas, lo cual Hannah Arendt trataría de refutar. Si bien la distinción entre ambos pueblos (judíos y naciones gentiles) debe explicitarse, la conflictividad entre los mismos es sólo una posibilidad, y no un hecho irremediable. Las vías de la solución parten de la vida política y el sionismo arendtiano termina por desdibujar las líneas de lo normalmente asociado a la soberanía (como la territorialidad), para postular el carácter preferente de la esfera de lo cívico, esto es, de los derechos del individuo. Aquí surge otro problema, y tiene relación con que más allá de la soberanía concreta cada vez es más dificultoso establecer el Derecho. Es relativamente fácil implementar, pongamos el caso, una serie de derechos en un país soberano, desde el ejercicio de la propia soberanía (con voluntad política), ¿pero qué sucede con un colectivo humano que deliberadamente renuncia a su vinculación con una soberanía que se entiende nacionalmente? Si un judío no se siente alemán, ¿no se autodefine como extranjero? Y de ser así, ¿cómo puede disfrutar de derechos en territorio adscrito a la soberanía, pongamos, alemana, más que aquellos que la ley reconozca a los extranjeros? Es muy difícil dar respuesta a estas preguntas, precisamente porque la emancipación judía tuvo lugar casi simultáneamente a la eclosión del nacionalismo moderno, en el siglo XIX, y por lo tanto la conexión entre ambos fenómenos reviste cierto toque accidental (Lazare, 1986). Los judíos franceses son emancipados, por poner el caso, cuando empieza a concretarse la noción de soberanía nacional. Lo mismo sucede con los judíos alemanes, tras la unificación del país. Pero entre ambos grupos no deja de haber una profunda afinidad: Son parte de un mismo pueblo, aunque hablen lenguas distintas (como ya lo hacían desde hacía siglos) y aunque sus costumbres se confundan lentamente con las de los gentiles. En palabras de Arendt:

El mundo de las naciones europeas, nacido de la Revolución Francesa y fundado por los ejércitos triunfantes de Napoleón, nunca ha sido completamente realizado. Fueron los pueblos pequeños, cuyo desarrollo completo en términos económicos y políticos era impedido por las grandes naciones, quienes dieron forma a la famosa dinamita que hizo estallar la primera guerra mundial. La cuestión judía era parte de estos problemas nacionales irresueltos en Europa. Los judíos, el único pueblo europeo que nunca ha sido capaz de establecer su propia área de asentamiento, fueron, en último término, la minoría por excelencia: Una minoría en todas partes, mayoría en ninguna. Lejos de ser extraña o irrelevante para la política europea, la cuestión judía se convirtió en el símbolo de todas las cuestiones nacionales irresueltas de Europa.¹⁹

¹⁹ *Ibid.* p. 347.

El problema de base es que los judíos son un pueblo diferenciado, una nación, y este hecho ha permanecido entre paréntesis desde el surgimiento de los Estados-Nación europeos. Tal vez la cuestión de fondo sea que los Estados-Nación son un modelo excesivamente restrictivo y, en el fondo, artificial. No hay Estado-Nación que no goce de una gran pluralidad interna, divergencias que busca sistemáticamente reducir y amalgamar. Tampoco hay consenso sobre qué colectividad puede o no ser una nación con derecho a ejercer su soberanía. En la vida real lo teórico rara vez se cumple al pie de la letra. ¿Qué es una nación, muchas veces, sino un sentimiento de pertenencia? ¿Y qué más inasible y subjetivo, al final, que un sentimiento? Si se habla de otros elementos asociados a una identidad nacional, ¿no serían los judíos más alemanes incluso que el resto de alemanes (“gentiles”), por su contribución a la cultura e identidad germánicas (e.g. en las artes, la filosofía, las ciencias o la literatura)? ¿Y qué sucede con todos aquellos individuos que expresamente desean gozar de una nacionalidad estatal sin renunciar a su identidad particular, como miembro de un pueblo minoritario, e identificándose con ambas facetas?

Arendt parece haber renunciado a esa posibilidad, porque ya no existía para los judíos alemanes, y de hecho su ejército tenía como propósito despertar la conciencia nacional del pueblo judío. Era, en sí mismo, un posible acto de soberanía, e incluso el más alto grado de soberanía (en sentido weberiano). Arendt emplea el término *Volk*, heredado de la filosofía política alemana, y usa expresiones como “die Masse des Volkes” para referirse al conjunto de los judíos (Young-Bruehl, 2006.). Esta fijación con la *Volkstum* también estuvo muy presente en otros movimientos antagónicos a sus ideas, como los nacionalistas pangermanistas (movimiento *Völkisch*), y la terminología arendtiana se hace eco de este contexto, consciente o inconscientemente (dado que a veces critica esta teoría). Este nacionalismo judío, centrado en la hipótesis del *Volk*, es controvertida, pues la realidad en aquellos años era la inexistencia de cualquier nacionalidad judía reconocida como tal, a excepción de los sionistas centrados en Palestina (que eran súbditos de Reino Unido por aquellos años, si consideramos la situación del Mandato). Más bien, Arendt expone su tesis en un contexto de persecución, de cierta incertidumbre por parte de los judíos, y de existencia de miles, millones tal vez, de judíos apátridas. No en vano, las acciones del *Committee for a Jewish Army* (organizado por los revisionistas) apelaban concretamente a los *judíos palestinos y apátridas* para ese ejército. Habría que preguntarse qué sucedería con otros colectivos, que luchaban bajo las respectivas filas nacionales (británicos, estadounidenses, etc.). No está muy claro qué pasaría en la diáspora respecto al hipotético ejército. Así, finalmente vemos que el nacionalismo de Arendt escapa a los límites del Estado, reconociendo la innegable realidad de la diáspora y todas sus implicaciones. Nacionalismo sin Estado, a corto y medio plazo.

Su intención última, por tanto, no era el Estado, aun asumiendo esa posibilidad (y no rechazándola de plano).

La apelación a lo *völkisch* implica una contradicción, pues Arendt tiende a negar el subtancialismo de Herzl, al tiempo que, en este caso, lo afirma. Claro está que Arendt nos diría que toda contradicción aparente se debe a que no “vemos desde la sutileza”, lo cual no deja de tener cierta verdad, al menos al referirnos a cuestiones tan complejas. Niega más bien la incompatibilidad de substancias que sugiere Herzl, con lo que tal contradicción podría salvarse “desde una interpretación sutil”. Pero también el mismo Herzl decía que su Estado judío ideal era aquel en el que el extranjero pudiera sentirse feliz, ¿no implica eso la posibilidad de aunar la diversidad con la unidad incluso en el propio Judenstaat? En lo político, trazar líneas demasiado marcadas puede ser inadecuado, y siempre resulta sumamente delicado el salto de lo teórico a lo práctico.

Visto así, este nacionalismo sin Estado, y sin aspirar específicamente al mismo, lo cual resulta un tanto insólito, puede relacionarse con la defensa arendtiana de la natural y sana pluralidad del espacio político, en el que distintas posiciones se encuentran e interactúan de diversos modos, y cuya destrucción puede terminar conduciendo al abismo totalitario. Este nacionalismo aspira, esto sí, a restaurar el suelo histórico para el pueblo judío. Gueto y asimilación habían negado la existencia de los judíos como pueblo, o, reconociéndola, la habían colocado en el aire, en un vacío, arrancando sus raíces del suelo²⁰. Los guetos fueron semejantes lugares, fuera de todo lugar, desconectados de la cambiante realidad del mundo. La *haskalá* (ilustración judía) quiso restaurar a los judíos en el mundo, conectarles con la cultura europea, al precio de rehuir su propia identidad. *Pese a ser judíos*, podían demostrar que eran capaces de integrarse en la civilización europea, y esto, en cierta medida, siempre les condicionó a un carácter existencial “excepcional” (como si los judíos integrados y asimilados fueran *especiales*, distintos, desjudaizados de algún modo, más cuanto más se negativicen los “atributos judíos”). La vida judía, así, está abocada a la agonía, a marchitarse y desaparecer. La ausencia de suelo histórico tuvo mucho que ver con la indefensión de los asimilados, que, al ser empujados, expulsados más allá del espacio político alemán, no tuvieron lugar al que asirse. El inclasificable y desesperado *Staatspartei*, que apelaba a una lealtad incondicional al Estado, contradiciendo toda lógica de partidos, y hasta la definición misma de lo que es un partido político *dentro de lo stato*, equivocando términos y conceptos, fue la última y más torpe manifestación de esta ceguera

²⁰ LAZARE, BERNARD, *El Antisemitismo, su Historia y sus Causas*, Madrid, Centro de Publicaciones del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1986, p. 134.

autodestructiva. Como dice sarcásticamente Arendt, los asimilados siempre fueron pacientes, interpretando todo antisemitismo como un mal temporal, previo a la asimilación e integración completas. Cuando el zeitgeist pareció afirmar que el destino de los judíos era la eliminación física, aturdidos y arrastrados por esta misma lógica, acabaron muertos como corderos. El renacer nacional con el que soñaba Arendt (y cuyo medio era el ejército judío, en la línea clausewitziana) podría haber revertido la situación. Arendt, a veces, da muestras de verlo como una auténtica revolución histórica. Los judíos se reconocerían a sí mismos como un colectivo diferenciado con todo derecho, y que, como tal, como seres humanos, tenían el derecho y el deber de personarse en la esfera de lo público, de la política como parte inherente de la vida activa y de nuestra condición humana. Reconocer a los judíos como pueblo equivalía a reintegrarlos en el curso de la Historia y para ello hacía falta una nueva consciencia política, para “estar políticamente en el mundo”.

Esta reivindicación de lo nacional no es exclusivista, sino inclusivista. Arendt insiste en las soluciones federalistas al problema judío (y europeo, anticipando la Unión Europea), y en la defensa de la transversalidad. Es posible, y deseable, que la cuestión de la diferencia se resuelva siempre por una vía política, que en su definición más óptima es pacífica y racional, incluyendo las alianzas entre colectivos diferenciados que pueden compartir intereses comunes. Por lo tanto, el nacionalismo judío, en su sentido más elevado, debe integrarse en marcos de referencia más amplios, por ejemplo, en una confederación con los árabes vecinos o, mejor todavía (está hablando antes de la chapuza gaullista de Argelia y de la independencia de los países del norte de África), una confederación mediterránea. Es muy importante destacar este aspecto más pacífico de las tesis de Arendt. En ningún caso defiende un militarismo, ni una emancipación militar del pueblo judío (como planteaban los revisionistas). El ejército judío tiene el cometido de crear mentalidades, y no el de buscar efectos en tanto resultados militares (cuya repercusión no podía ser más que mínima internacionalmente, al menos en aquellos años, y dudosa localmente). Pero aquí hay cierta trampa, sin que podamos extraer conclusiones. ¿Pensaba Arendt en la importancia futura de los veteranos de guerra en el Yishuv? ¿Qué opinión tendría al respecto? Es prácticamente algo seguro que conocía la existencia de la haganá, o ejército secreto judío (aunque la mencione escasas veces en su obra). Un grupo de hombres con experiencia real en el campo de batalla y con la vivencia de la jerarquía militar, sería capaz de replicar la situación (cosa que así sucedió, pues los judíos supieron aprovechar inmensamente en Palestina, en la guerra de 1948 contra varios países árabes, simultáneamente, su experiencia militar en las dos guerras mundiales).

El final de una lucha

ARENDT TRATARÍA EL ASUNTO DEL EJÉRCITO JUDÍO por última vez en un artículo del 20 de abril de 1945. En este artículo, Arendt habla, precisamente, de la futura cumbre de San Francisco (25 de abril), en la que se verán representadas 44 naciones para organizar la futura e inminente paz (sin incluir entre tales nacionalidades a los judíos, pues todavía no existía Israel y el plan de participación de la ONU para Palestina es de dos años después, de 1947). En cierto modo, este último artículo marca el fin de todas las esperanzas de Arendt por lograr la emancipación nacional del pueblo judío a lo largo de la guerra, y no nos oculta en el mismo su profunda decepción. Es evidente que en abril de 1945 el destino del conflicto en Europa estaba claramente decidido a favor de los aliados desde hacía tiempo: En el Berlín sumido en el caos de la derrota, asediado por los soviéticos, Hitler se suicidaba en su búnker el 30 de abril. Si bien no se había formado su anhelado ejército judío, sí hubo tímidas resoluciones, reducidas a los dos batallones judío y árabe del Kentish Regiment (al inicio de la guerra) y a la más relevante *Brigada Judía*, que empero luchó tardíamente (desde 1944) como fuerza dentro del ejército británico, y no de manera independiente. La Brigada Judía fue, pues, un mero premio de consolación para aquellos que habían reclamado insistentemente la necesidad de reclutar un ejército judío, cuando ya se contaban por millones los judíos desaparecidos y asesinados en Europa, y cuando el mismo Churchill le confesaba a Roosevelt que creía moralmente necesario facilitarles a los judíos contribuir directa y visiblemente a la lucha contra Hitler. La contribución de Arendt termina justo cuando cae el III Reich, y el asunto queda definitivamente zanjado. En adelante, la cuestión del ejército judío carecería absolutamente de sentido para ella.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARENDT, HANNAH, *Escritos Judíos*, Madrid, Paidós, 2009.

LAZARE, BERNARD, *El Antisemitismo, su Historia y sus Causas*, Madrid, Centro de Publicaciones del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1986.

VENMANS, PETER, *El Mundo según Hannah Arendt*, Madrid, Punto de Vista Editores, 2017.

YOUNG-BRUEHL, ELISABETH, *Hannah Arendt, una Biografía*, Barcelona, Paidós, 2006.

La entrevista completa de Günter Gaus a Hannah Arendt puede verse en este enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=lvbWJ6LpIqE>, en el perfil del youtuber *Ersilias* (consultado el 04.10.18).

DOI: <http://doi.org/10.15366/bp2019.20.008>
Bajo Palabra. II Época. N°20. Pgs: 143-160